

LAS CAUSAS DEL DESASTRE

Carta del Gral. J. Santos Zelaya al Doctor Luciano Gómez

A propósito de reelecciones presidenciales en Nicaragua

Nagarote, 19 de Julio de 1893.

Sr. Dr. don Luciano Gómez. Managua, D. N.

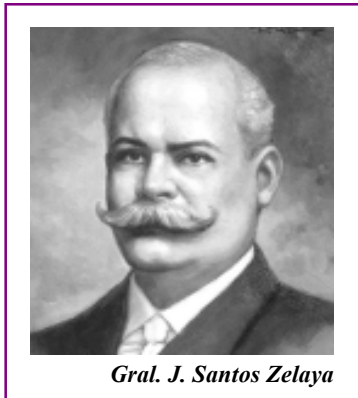
Mi querido compadre y amigo. Anoche de camino para ésa, me fue entregada su muy grata del 16 de los corrientes que tengo yo el gusto de contestarle.

Ya me figuraba la dificultosa situación en que usted se iba a encontrar, cuando se hiciese pública mi partida de esa ciudad y créame usted que esa consideración me tuvo perplejo algunas horas; pero la necesidad de darme garantías y de dárselas también a mis amigos, a quienes la prensa genuina declaraba fuera de la ley, llamándonos *sangre impura de la Nación*, no admitía otra salida que la que tuve. Además, desde que regresé de Managua y oí como andaban las cosas por Granada solo traté de arreglar mis negocios porque no se me ocultó que mis aliados de la revolución de abril me preparaban el mismo pago que dio Bográn al Dr. Bonilla en un caso semejante. Conservaba, es cierto, alguna esperanza de librarme de esa suerte, cuando me acordaba del Gral. Zavala en cuya amistad personal tenía fe; pero esa esperanza si debilitaba mucho, cuando también lo veía deprimido y menospreciado.

El paso que usted me dice se ha dado por esa junta de Gobierno resignando el poder en manos del Gral. Zavala habría sido la salvación de Nicaragua si su realización datara de la fecha en que Ud. inició trabajos en ese sentido; pero en las actuales circunstancias, y con don Anselmo H. Rivas de Ministro, me parece que no tendrá toda la importancia que sería de desearse, para tranquilizar al país.

La revolución de Julio no es como allí han querido figurársela, sino un movimiento hermosísimo y culto que honra a Nicaragua: Orden, Moralidad, Organización y cuanto más pudiera, apeteerse, tanto he encontrado aquí, trayéndome el convencimiento de que nuestro pueblo es el mismo en todas partes y que son sus conductores quienes lo extravían y corrompen.

Hay una junta de Gobierno compuesta de don Pedro Balladares, don Domingo Salinas, Dr.



Gral. J. Santos Zelaya

Francisco Baca hijo y yo, de la cual soy Presidente y en esta virtud Comandante General.

Su ministerio está organizado así: RR.EE. y Gobernación don Modesto Barrios, Guerra, don Santiago Callejas, Hacienda, don Leonardo Lacayo y Fomento, don José Dolores Gómez. Reina la mejor armonía entre todos los miembros del Gabinete, que tienen fe en el triunfo de la revolución y trabajan con entusiasmo y sinceridad por alcanzarlo. Mi llegada a León fue motivo de alegría general para todos y debo manifestarle con franqueza que el recibimiento que se me ha hecho y que Ud. sabrá por otros conductos, me ha impresionado de tal manera, que creo comprometida mi gratitud, con tanto mayor motivo cuanto, que forma contraste con el pago que me dio el *genuinismo*.

Jamás podré olvidar, compadre, que esta ovación que formará época en mi vida, se la debo exclusivamente al Partido Liberal del que he recibido el poco nombre y prestigio con que cuento.

Comprometido, como me hallo, con los hombres de la revolución presente, no podría entrar en ninguna plática de arreglo que no les comprendiera a ellos en la misma proporción que a mí. Por consiguiente, para hablarles de este asunto, como usted lo desea, necesito que se me concreten las bases en que pudiera descansar para que ellos las estudien y discutan y resuelvan de acuerdo conmigo si son o no aceptables.

Espero me salude a mi madre y niños y no olvide de visitarme de vez en cuando a mi familia.

Soy como siempre su affmo. compadre y amigo

J. S. Zelaya

Cartas de Don Pablo Hurtado en que exhibe la flaqueza anímica de los Jefes Conservadores

Managua, 10 de febrero de 1.923,

Sr. doctor don J. Bárcenas Meneses.

Granada.

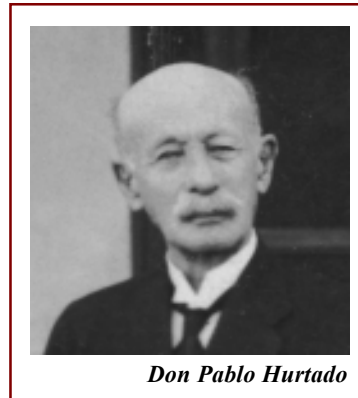
Estimado amigo:

Ahí van, para complacerlo, mis reminiscencias de los últimos sucesos históricos del Gobierno del Gral. don Joaquín Zavala, desde la retirada de Managua el 25 de Julio de 1893 hasta que fue formulado el Tratado de Paz del mismo mes de Julio.

Nuestra retirada de Managua no se distinguió ni por su orden ni por la estrategia, ni por el valor de los Jefes y de los soldados; fue una precipitada fuga de Managua a Masaya y de Masaya a Granada. El miedo en su grado más alto se apoderó de todos aún del mismo General en Jefe, quien por la responsabilidad que pesaba sobre él, debió conocer bien la situación y obrar con serenidad.

El miedo, instinto de conservación que nos estimula para huir de un peligro, es propio de todos los animales; pero en el hombre debe ser racional y refrenado por la voluntad, que es la reina de todas nuestras facultades. Así se forman esos caracteres firmes y serenos en el peligro de cuyos ejemplos está llena la historia. En esos hombres ni el miedo se convierte en cobardía, ni el valor en temeridad. En los momentos más difíciles de una batalla, cuando los soldados aterrorizados quieren emprender la fuga, el jefe de genio siempre encuentra un recurso para contenerlos, una frase para inspirarles las acciones más heroicas, como Sila en las llanuras de Orchomeno, Julio César en la batalla de Munda y al General Prim en la de Castillejos.

Es bien sabido que esa psicopatía o morbosidad de nuestro espíritu, admite varios grados, sospecha, inquietud, aprensión, recelo, temor, miedo, espanto, horror, pánico, etc. Cuando alianza los últimos grados produce ilusiones y alucinaciones extra-



Don Pablo Hurtado

ñas, el paciente ve esqueletos que se mueven, fantasmas que lo persiguen; oye gritos, imprecaciones y amenazas que solo existen en su imaginación; un hombre o un caballo le parece un escuadrón de caballería y otro a pie con un bastón en la mano, un ejército de rifleros. Tal es lo que ocurrió a nuestro General en Jefe. Desde las alturas de La Barranca vio entrar en Nindirí uno que otro montado a caballo, y se dijo: Las avanzadas del enemigo están entrando a Nindirí y corrió a Masaya a ordenar la concentración del Gobierno a Granada. Qué ofuscación, por NO DECIR OTRA PALABRA MÁS APROPIADA En aquellos precisos momentos el General Zelaya no estaba para mandar avanzadas a ninguna parte, listo para salir huyendo a la hora que lo atacaran los conservadores, no le llegaba la camisa al cuerpo.

Dice don José Dolores Gámez en un artículo que publicó en el Diario de El Salvador, que, si ese día se hubiera aproximado el General Montiel con sus trescientos rameños, no habría quedado un liberal por los contornos de Managua. La historia nos presenta ejemplos unas veces de ejércitos que operan sin general porque el que han tenido era incapaz, y otros de general sin ejército porque éste se hallaba sin disciplina y acobardado. Nosotros en aquellos días no tuvimos ni general ni ejército.

Los liberales habían sido derrotados en La Cuesta el día anterior. El General Zelaya cuando perdida la acción tomó el camino de occidente, el General Andrés Rivas huyó dejando a su hermano Fernando María tendido en el suelo atravesado el pecho de un balazo; y el General Escalón, que se había desmontado de su caballo, fue pre-

so de tal pavor que salió huyendo a pie, corrió sin tomar aliento hasta Los Brasiles donde medio desmayado se dejó caer en una cama y quedó profundamente dormido. Pero tiempo después llegó corriendo a caballo don José Dolores Gámez con la noticia de que los defensores de La Cuesta en número como de dos mil hombres habían salido huyendo desesperados al grito de Venta, traición.

La derrota se había convertido en triunfo por arte de magia.

Zelaya reunió inmediatamente los jefes, contuvo a algunos soldados fugitivos y emprendió el camino de Managua, donde penetró en las primeras horas de la noche, en silencio, receloso, temiendo una emboscada y no dando crédito a lo que veían sus ojos.

En León se había organizado una junta Revolucionario compuesta de don Pedro Balladares, don Francisco Baca hijo y el General Anastasio J. Ortiz. Así que hubo llegado Zelaya se nombró Presidente de la Junta.

Cosa chocante: el General Ortiz era el Gobernador Militar de León, donde existía un buen armamento cuando estalló el movimiento revolucionario. Traición, no solo a su partido sino también al amigo, al General Zavala, quien lo recomendó eficazmente para aquel alto puesto.

Don Pedro Balladares era el jefe del partido conservador de León, el mismo aquel de quien dijo el General Vijil que antes vería salir el sol por occidente que a don Pedro Balladares traicionando a su partido. Después, cuando se discutían las bases para arreglar la paz, Ortiz estuvo agresivo y grosero contra sus amigos de la víspera. Así son todos los traidores.

Ahora que esos dos personajes duermen el sueño eterno, no arrojemos lodo sobre sus memorias y digamos con el Padre Coloma: Paz a los muertos, Paz a los Muertos.

Cuando llegamos a Granada la ciudad era presa de gran pánico. Pocos ciudadanos quedaban habitando sus casas. Unos habían huido con sus familias a las Isletas y a las fincas vecinas y otros habían ido a buscar amparo a las casas de los Cónsules extranjeros. De momento a momento corrían noticias a cual más alarmantes y todas eran creídas por absurdas que parecieran.

Continuará....